

## Cartografía de una mente en formación

Christofer Esaú Díaz Morales\*

Esta historia comienza en un lugar que, en apariencia, era tranquilo. Un sitio donde el silencio parecía ordenado, casi dócil, hasta que el tiempo lo fue descomponiendo en algo distinto: torbellino, caos, ilusión que se agrieta, desilusión que respira en la nuca y una narración que, incluso ahora, continúa redactándose hasta que mi corazón deje de latir. Nací en un hospital frente a la catedral del municipio de Guanajuato, una estructura que, con su presencia imponente, parecía observarlo todo, como si fuera testigo de cada inicio y de cada quiebre. Era marzo de 1999, el noveno día. Ahí, bajo luces blancas que no parpadeaban, abrí los ojos por primera vez, recibido por mis progenitores y una familia materna que, sin saberlo, también daba la bienvenida a una historia que nunca sería del todo apacible.

Con el tiempo, lo que parecía estabilidad comenzó a fragmentarse. Mis padres, arrastrados por malentendidos que hoy mi mente adulta intenta ordenar, como quien recompone un espejo roto sin lograr borrar las grietas, separaron sus caminos. Yo me quedé con mi madre, en esa ciudad cargada de leyendas, donde cada calle parece susurrar historias que no siempre quieren ser escuchadas. Mi padre regresó a su lugar de origen, y así, sin comprenderlo del todo, aprendí que las ausencias también educan.

Mi madre recuerda a un niño de cabello rizado, indomable, con una mirada que parecía adelantarse a lo que aún no ocurría. Dice que era inteligente. Yo creo que, más que eso, era un niño que observaba demasiado, que absorbía el mundo como si temiera que en cualquier momento este desapareciera. A los tres años leía; a los seis, mi mente ya no se conformaba con lo que encontraba y comenzaba a fabricar historias propias, pequeños universos donde podía reorganizar aquello que en la realidad parecía no tener sentido. Sin saberlo, ahí germinaba algo que más adelante cobraría forma, o tal vez, me cobraría a mí.

El tiempo avanzaba, pero no de forma amable. En la escuela, cada ciclo se sentía como una repetición sin matices. No era desa-

tención lo que me alejaba, sino una inquietud constante, una especie de vacío que aparecía cuando todo resultaba demasiado sencillo. Terminaba las actividades con rapidez y entonces elegía: refugiarme en libros, en viejas historias que, a veces, eran más reales que la realidad misma; o ayudar a mis compañeros, especialmente a aquellos que luchaban en silencio por comprender. Me convertí, sin nombrarlo, en un tutor. Tal vez porque, en el fondo, ya intuía que enseñar era una forma de no perderse del todo.

Pero la vida tiene una forma peculiar de torcerse. Es un suspiro que, cuando creemos dominarlo, se convierte en un abismo. A los dieciséis años, frente a la puerta de la adultez, decidí no cruzarla de la manera esperada. Abandoné la preparatoria con una convicción que hoy reconozco como una mezcla de rebeldía y extravío. Creí que oponerme al sistema era una forma de existir con mayor intensidad. Cambié: la música, la vestimenta, las lecturas. Dejé de leer por placer, pero no de escribir. En mis noches se acumulaban relatos que cuestionaban todo, incluso aquello que aún no entendía.

A los dieciocho, la realidad dejó de ser una idea abstracta y tomó forma concreta: jornadas largas, un sueldo insuficiente y la sensación de estar atrapado en una rutina que no prometía nada. Fue entonces cuando apareció una figura que, sin proponérselo, alteró mi rumbo. Un hombre mayor, con la mirada cansada y el cuerpo vencido por el tiempo, me ofreció un consejo que no sonó a advertencia, sino a sentencia: “Invierte en ti. Estudia. No te conviertas en este reflejo”.

Aquella frase no fue un consejo: fue un espejo oscuro en el que no quise reconocirme. Y, por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de mí despertó.

Regresé a estudiar. La preparatoria dejó de ser un obstáculo y se convirtió en un puente. El tiempo, que antes pesaba, comenzó a diluirse hasta que, sin darme cuenta, había llegado al final de ese tramo. Pero entonces apareció otra forma de incertidumbre: elegir. Mi mente era un ruido constante, una sobreposición de posibilidades que no terminaban de encajar.

Reducí el caos a dos condiciones: debía ser un reto, algo que no me permitiera caer en el tedio; y debía elegirse desde el gusto, no

desde la imposición. Criminología y literatura aparecieron como opciones, casi como dos caras de una misma obsesión: comprender al ser humano. Sin embargo, ambas estaban fuera de mi alcance. Y entonces, como si el mundo decidiera intervenir, llegó la pandemia. Con ella, la pérdida del empleo, la inestabilidad, el silencio incierto de los días.

Busqué trabajo, pero cada intento parecía disolverse antes de concretarse. Fue en ese vacío donde surgió una posibilidad inesperada. Mi padrastro me ofreció apoyo para estudiar. No sabía qué elegir, hasta que una idea, casi como un susurro que llevaba años esperando, emergió con claridad: maestro.

No era un terreno desconocido. Había crecido rodeado de esa profesión, y, sin notarlo, ya la había practicado. Ingresé en mi primer intento. Y entonces, algo curioso ocurrió: los días comenzaron a morir, pero los años a florecer. Académicamente, destacaba. Pero en la práctica, algo no encajaba. Había en mí una resistencia, una incomodidad con las reglas, con lo establecido, con aquello que parecía inamovible. Cuestionaba todo: desde lo estructural hasta lo aparentemente insignificante. ¿Qué es realmente educar? ¿Qué significa cambiar algo? ¿Hasta dónde llega la libertad dentro de un aula?

Y en medio de ese conflicto, comenzó a formarse algo que no supe nombrar al inicio. Una vocación. No una dócil y obediente, sino una inquieta, casi subversiva: la necesidad de hacer pensar, de provocar preguntas, de incomodar lo suficiente como para despertar.

Entonces, la literatura regresó, pero no como refugio, sino como herramienta. Mis clases comenzaron a adquirir un tono distinto, una atmósfera propia. Los alumnos pedían más: otro cuento, otra historia, un poco más de tiempo. Y sin darme cuenta, esos minutos se convertían en fragmentos que quedaban adheridos a su memoria y a la mía.

Mi carácter cambió. O quizá, por primera vez, dejé de resistirme a quien era. Comencé a abrir espacios, a escuchar, a permitir que los alumnos se mostraran. Entendí que muchos no necesitaban más contenidos, sino ser vistos. Porque, en un mundo que insiste en uniformarnos, enseñar también puede ser un acto de resistencia: formar individuos que piensen, que cuestionen, que no acepten todo sin antes mirarlo de frente.

Hoy, en mi primer año de interinato, me encuentro frente a un grupo que late con fuerza propia. Un grupo donde cada alumno es distinto, donde los talentos emergen de formas inesperadas. Donde los que no encajan encuentran un lugar. Donde la inclusión no es discurso, sino práctica cotidiana. Un espacio donde los sueños, aunque frágiles, comienzan a tomar forma.

Y en medio de todo esto, entiendo algo que antes me era ajeno: enseñar no es sólo dar, es recibir de formas que ningún libro puede anticipar.

Sueño, quizá de manera ingenua, quizá necesaria, con alcanzar a aquellos que aún no logran leer, con contagiarles el fuego de las palabras, con convertir sus historias en relatos que los devuelvan a sí mismos. Sueño con escuchar a quienes sólo saben gritar a través de la conducta, con transformar ese ruido en lenguaje. Sueño con que mis alumnos aprendan del pasado, no para repetirlo, sino para superarlo. Sueño con un mundo donde cada individuo encuentre su lugar sin tener que diluirse para encajar.

Quisiera nombrarme maestro, pronunciarlo con la firmeza de quien ha llegado a un destino claro; pero, hacerlo sería precipitado, casi vacío. Sería asumir una identidad que se encuentra en construcción. Hoy me reconozco como docente: alguien que transita, que aprende, que se equivoca y se reconstruye en el intento. Un ser en proceso, moldeado por la experiencia cotidiana, por los aciertos que iluminan y por los errores que, como sombras persistentes, también enseñan.

He comprendido que convertirse en maestro no es un punto de llegada, sino una transformación constante, un ejercicio de conciencia y de humanidad que exige más de lo que cualquier formación inicial puede ofrecer. Es un camino que no se hereda del todo, ni se adquiere únicamente en las aulas de formación, sino que se forja en el encuentro genuino con los otros, en la capacidad de escuchar, de mirar más allá de lo evidente y de sostener incluso aquello que incomoda.

Y aun con la certeza de que no podré cambiarlo todo, porque sería ingenuo y, quizá, arrogante pensarlo, me aferro a una convicción silenciosa, casi visceral: basta una grieta para que, entre la luz, o para que algo más comience a emerger desde lo profundo. Esa grieta, a ve-

ces imperceptible, puede ser una palabra, un gesto, una oportunidad; algo mínimo que, sin hacer ruido, transforma.

Por ahora, permanezco en este umbral incierto, en ese punto intermedio donde no se es lo que se era, pero tampoco aquello que se anhela ser. Un espacio donde escribo mi historia al mismo tiempo que ella me escribe, donde cada experiencia deja una marca indeleble en quien estoy llegando a ser.

En el trayecto he descubierto algo que no estaba al inicio. No nació como una certeza temprana ni como un llamado evidente; emergió, más bien, como una construcción lenta, casi silenciosa, alimentada por cada encuentro, cada desafío y cada instante compartido en el aula. Hoy sé que esa vocación crece conmigo, se transforma y se fortalece en paralelo al proceso de convertirme, algún día, en aquello que aún no me atrevo a nombrar del todo: maestro.

\*Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Urbana Estatal núm. 5 “Benito Juárez” en Guanajuato, Gto.  
[ce\\_diazm@bcenog.edu.mx](mailto:ce_diazm@bcenog.edu.mx)

